



## Bibliotecas Universitarias

# La Biblioteca más olvidada

*Gregorio García-Reche / Coordinador de Bibliotecas. Universidad de Málaga*

*Información, descubrimientos científicos e invenciones tecnológicas, (...) base de nuestra prosperidad y también una amenaza para nuestra existencia.*

*Y.N. Harari. 21 lecciones para el siglo XXI.*



Imagen extraída del diario El Mundo

Al igual que ocurre en otros ámbitos de la sociedad, piénsese por ejemplo en la agricultura, donde su mecanización provocó el abandono de múltiples herramientas y enseres de los que ya solo quedan sus vestigios en el diccionario de la RAE, en algún museo etno-

gráfico o en mesones de pueblo; la biblioteca ha dejado atrás y, casi, olvidados utensilios y artefactos que fueron clave durante muchos años de su existencia.

No sería de extrañar que pronto viéramos en bares de moda cajo-

nes de catálogos o sus varillas trinchando cualquier cosa. O que con el tiempo veamos incluso estampados o enmarcados libros o fascículos de revistas en sus barras. La automatización o, de forma más genérica, la aplicación de las nuevas tecnologías y las tecno-



# Bibliotecas Universitarias

logías de la información o infotecnología han transformado en los últimos 25 o 30 años la vida bibliotecaria y la propia biblioteca, hasta tal punto que resultaría irreconocible para un bibliotecario de época, ya que incluso no utilizaría siquiera el mismo argot.

Apartémonos por un instante de la actualidad y de la prospectiva (o no del todo) y hagamos, pues, una aproximación (nostálgica) a la trayectoria más reciente de la biblioteca, pero que ya es historia, está a punto de serlo o supuestamente lo será.

## Olvidados en la historia

No queremos reseñar la evolución de la biblioteca, ni pretendemos condensar en unas pocas páginas su historia. Sobre esto hay magníficos tratados y eruditos que compilaron siglos de cambios hasta nuestros días.

El propósito ahora es más simple, queremos rescatar y destacar algunos instrumentos, útiles, artefactos, conceptos... que hemos utilizado en nuestra trayectoria personal, de las vivencias en primera persona, para mostrar precisamente cómo ha (hemos) cambiado nuestro entorno, desde las primeras labores que teníamos encomendadas de catalogación, por supuesto con los asientos bibliográficos escritos a mano sobre la ficha de cartulina de perfectas medidas estándar milimetradas.

En unos casos se podía tratar de instrumentos existentes y utilizados en otros ámbitos profesionales o con carácter general, y que con buena fortuna fueron adaptados al uso bibliotecario. En ocasiones solventaban una necesidad, en otras supusieron una verdadera revolución en el acceso a la información y a la documentación.

El desarrollo tecnológico es implacable, no tiene consideración con el papel que algo ha podido representar en la historia. Un nuevo artefacto surge y puede acabar de manera fulminante con su antecesor y relegarlo para siempre al olvido eterno. Veamos algunos ejemplos.

**El libro de registro.** Todo comenzaba con él. Con estilográfica y cuidada caligrafía se daba fe de la pertenencia de una obra a la biblioteca, identificándola con sus datos más destacados, siempre cada uno de ellos en el mismo lugar, en su columna correspondiente, línea a línea correlativamente dominada por la fecha del día y por el número *currens* que le correspondía. En nuestra primera biblioteca existía incluso la solemne liturgia de asentar honorablemente en los guarismos de los miles un destacado ejemplar de la materia en la que estaba especializada, promovido todo ello y asentado por un insigne usuario; cada mil, sin falta. Hasta que llegó el sistema automatizado que suplantaba de una vez muchas funciones, incluida ésta del registro; incluso desde el punto de vista administrativo, al asignar

también un número casi *currens* al ítem de cada ejemplar, que venía a usurpar el lugar que le correspondía por derecho consuetudinario a su antecesor, no sólo en la portada de las propias publicaciones, también en facturas u otros documentos. Por el miedo al cambio, por el peso de la costumbre o por no parecer demasiado transgresores, adoptamos una primera solución con una versión digital PDF arrancada al sistema y depositada en la intranet de la biblioteca, con la misma información o equivalente a la de entonces, no muy útil a excepción de generar tranquilidad entre los más conservadores; finalmente, olvidada. Además, con la irrupción de la edición de publicaciones digitales y miles de libros de este formato incorporándose a toda velocidad, ¿quién se iba a acordar de él y para qué?

La catalogación, clasificación, ubicación, accesos secundarios y registro de entrada quedaban perfectamente consignados, estructurados y ordenados en la **ficha perforada**. Con varios leguajes documentales en unos pocos centímetros cuadrados de materia escriptoria, donde el “punto espacio-guion-espacio” se convertía en nuestro morse, la criptográfica notación decimal resumía contenidos y otra notación no menos enigmática adivinaba el paradero de la publicación en cuestión. Ciertamente, todo esto se ha mantenido, aún hoy día es común, sólo se ha cambiado la ficha de cartulina de medidas estándar por otra en





# Bibliotecas Universitarias

la pantalla del ordenador de unas cuantas pulgadas, que ya casi no se confecciona gracias a la importación de registros de sistemas, a los catálogos conectados o a la cesión/venta de registros de los proveedores de publicaciones digitales; eso sí, con más claves y marcas para colocar cada cosa en su sitio y ya que la Informática haga el resto. Criptografía que a veces dibujaba en el rostro del usuario novato una mueca de mayor tamaño que ese estándar establecido de 12,5 por 7,5 cm, y que, en gran medida, la presentación de la información en el OPAC, menos tácita y taciturna, contribuyó a rebajar esas tensiones.

Porque antes de la aparición de esta magia ordenadora, la ficha tenía que pasar un proceso de clonación, reproduciendo tantas gemelas como elementos decidía el catalogador que podrían utilizarse para localizar la publicación a la que representaba: autorías de diversa índole, títulos, clasificaciones alfabéticas, sistemáticas, topográfica... Esto si todo se quedaba en casa, porque si había algún proyecto de **catálogo centralizado** en la universidad, había que multiplicar.

El **ciclostil** o **mimeógrafo** era la solución, la herramienta que posibilitaba, sin mucha calidad, esa reproducción. Ni mucha eficiencia, ya que después cada unidad debía ser completada, normalmente con **máquina de escribir** con su encabezamiento distintivo. Esas máquinas de escribir que a golpe de tecla

moldeaban sin tinta la letra en un **cliché**, con o sin **papel de calco**, que luego se insertaría en el ciclostil, o ya con cinta impregnada de tinta marcaban esos accesos alternativos en los clones. Pero éstas máquinas de escribir también evolucionaron pronto al electrificarse y dotarse de **margaritas matriciales** con los tipos y completándose con una escasa memoria, pero que permitió liberarse del **corrector tipográfico** para subsanar errores.

Y cada ficha a su sitio, en el mueble del **catálogo**, específicamente diseñado para intercalar, ordenar, alfabeticar... Se convertía en una ardua tarea repetitiva y rutinaria absolutamente necesaria para que un libro no se trocase en un fantasma virtualmente inexistente. Un mueble para cada elemento de ordenación, que precisamente tomaba en cada caso el nombre de ese elemento, que con el tiempo se engrosaba y crecía al rebosar las fichas sus cajones, necesitando más y más, con un trasiego incesante, con rectificaciones de los **etiquetados** perfectamente elaborados con **moldes de letras** que anunciaban los tramos alfabéticos o numéricos contenidos en cada uno de ellos, repletos de fichas apesadas con sus **varillas atornilladas** como galeotes que sin remar provocaban que el usuario realizara el movimiento de su embarcación.

Pero esto para los libros, porque para sus hermanas, las revistas, se ideó la **Kardex**. Ficha usual-

mente también de cartulina, más grande que la perforada, pero sin troquelado, cuadrículada, personalizable para cada título, donde se registraba su cronología vital sobre llegadas, demoras, ausencias, gastos y otras andanzas.

A veces también esas revistas podían salir ficticiamente de sus carcelarias instalaciones, pero sólo la información en fichas para un **catálogo colectivo** de publicaciones periódicas.

Pero como sus hermanos los libros sí se ausentaban, al disponer de permisos cada vez más frecuentes y extensos, sus movimientos se registraban en las **fichas de préstamo**, con varias copias impresas con tecnología de auto calco, donde se daban pistas con el enunciado de los datos que había que señalar. Datos del libro en cuestión consignados a mano junto a los de las personas a las que acompañarían a casa. Luego, también ordenar cada ficha según el control que quisiera hacerse con su inserción en **ficheros de usuarios**, topográficos, por fecha de devolución...

Pues bien, todo en uno como una navaja suiza, todo integrado en un sistema de gestión bibliotecaria; ahora, renovarse o morir, conocido como plataforma de gestión. Con campos clave que enlazan registros bibliográficos con sus registros de ejemplares, éstos con los de sus préstamos (o transacciones), éstos con los de sus usuarios,





# Bibliotecas Universitarias

éstos con los de desideratas, éstos con los de pedidos, éstos con aquellos de ejemplar, éstos con... Todo lo anterior al trastero, al reciclado, a la basura... al olvido (nota mental: hace falta ya un museo bibliotecario, no basta con las exposiciones temporales que hacemos con muchos de estos artilugios).

## Nacidos para ser olvidados

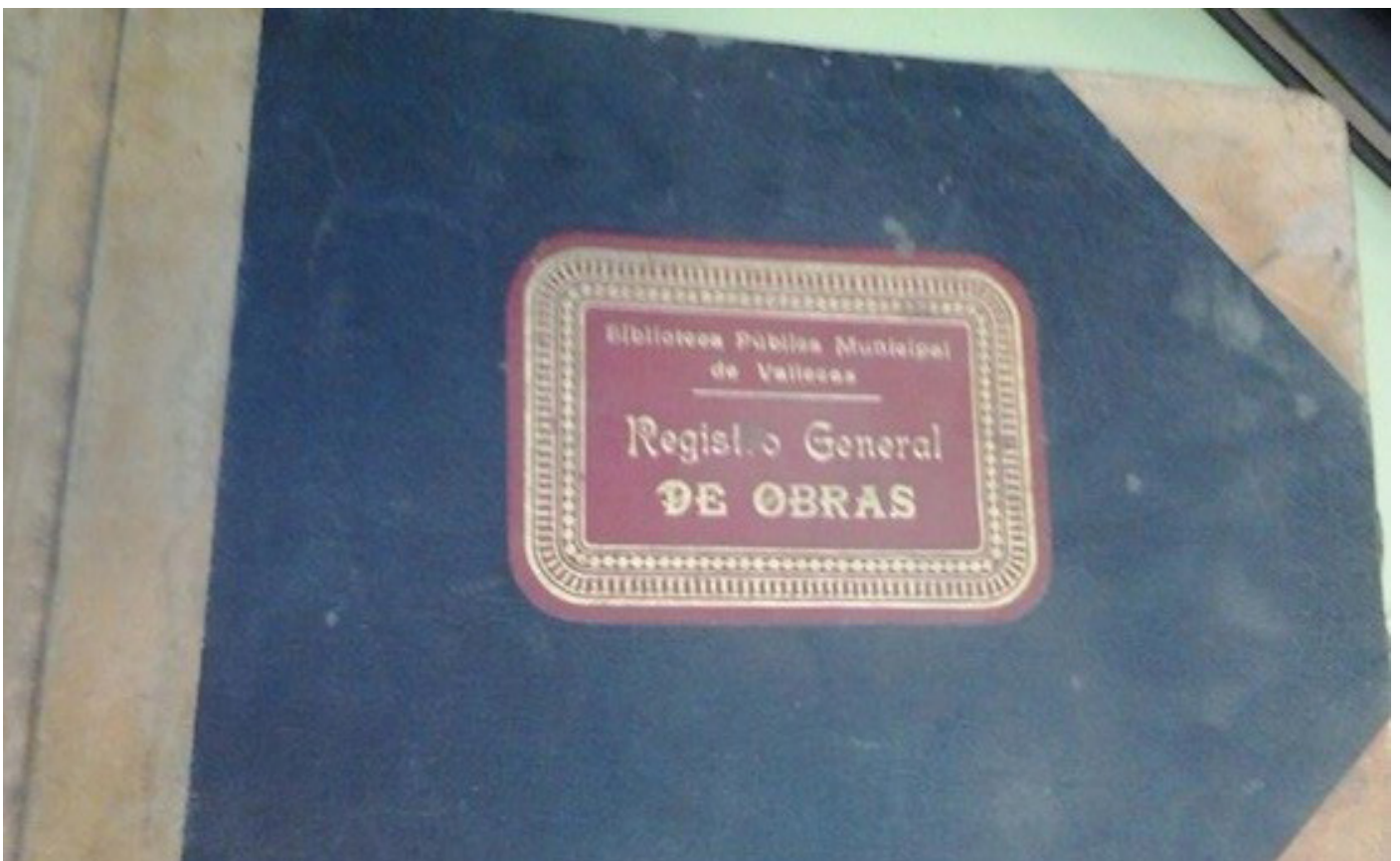
De dilatada vida, o de hasta tiempos inmemoriales, son los que hemos descrito. Pero otros han contado con una vida más efímera, los hemos visto nacer y perecer, también crecer y lograr el éxito en ese intervalo.

Las primeras y escasas bases de datos, con complejas y caras conexiones, dieron a luz sus versiones en **CD-ROM** cuando la tecnología láser e informática se aliaron para poder leer muchas veces microscópicas hendiduras moldeadas una sola vez en una superficie plástica. El abaratamiento de **ordenadores, lectores de CD-ROM** (o su integración en los anteriores) y suscripciones permitieron su rápida integración en la biblioteca y la aparición de nuevas bases de datos referenciales de un tamaño que cupiese en unas cuantas megas de memoria codificada con ceros y unos. Incluso el texto completo se codificaba y se simplificaba a la dualidad digi-

tal en el mismo soporte indicado.

Esos lectores individuales pronto fueron sustituidos por **torres** con múltiple número de ellos que facilitaban la suma de unidades y a las que se conectaban varios PCs y, en un breve lapso de tiempo, a muchos más repartidos por el campus al acceder desde su **red de datos local**. En nuestro caso, fuimos testigos de ese momento en nuestras instalaciones y resultó realmente impresionante.

El paso a **DVD** de algunos de esos recursos quizás no merezca la pena tratarlo por lo efímera que resultó su presencia en la historia de la biblioteca y porque su apar-





# Bibliotecas Universitarias

tación a ella se limitó a contribuir con más megas de memoria en cada soporte que sus predecesores.

Finalmente, dicha red de datos fue la que sentenció la desaparición de todo este equipamiento al conectarse a Internet y posibilitar la consulta directa de los recursos en los remotos servidores de editores y proveedores. Ya el mundo bibliotecario empezó a ser realmente otro.

También, esa tecnología digital fue la que sentenció a otra aparecida poco antes, muy abundante en películas de espías de la época de la Guerra Fría, y que tuvieron el campo abonado en las bibliotecas para ofrecer reproducciones en miniatura de colecciones propias que por cualquier motivo conviniera (valor patrimonial, préstamo interbibliotecario...), o para conseguir otras de interés que de otra forma era un imposible (fondo antiguo, colecciones completas de revistas...) o suscripciones que por su volumen de partida convenía disponer de ellas en ese formato (boletines oficiales, revistas científicas...) Se trata de las **microformas** y sus inseparables **lectores/reproductores**, en sus distintos formatos: en película (también de diferentes anchos: de 35 mm o de 16 mm) o en ficha, donde a simple vista se distinguían las páginas, en positivo o en negativo (según la terminología fotográfica empleada), unas tras otras en las películas o repartidas por todo el ancho del material plástico que le servía de soporte, para

lo que se necesitaba un conjunto de mecanismos, lentes y paciencia para localizar el texto buscado y que el lector, haciendo uso de su homónimo mecánico, proyectara en la pantalla de éste u obtuviera una copia en su papel especial. Y, como decimos, el mundo digital lo sentenció. Pero también fue el que lo intentó salvar, al aparecer al final de su trayectoria **equipos reproductores** conectables al ordenador para hacerle funcionar como esos veteranos lectores, o directamente reproducir al nuevo formato digital lo que se contenía en los ya desfasados microfilms y microfichas.

Y otros materiales especiales menos comunes, salvo para bibliotecas especializadas en determinados ámbitos, tuvieron una vida paralela. Sonido e imagen, en sus diferentes combinaciones y presentaciones, necesitaron de **soportes magnéticos**, de **vinilo**... que corrieron la misma suerte, así como sus **reproductores** de discos, casetes musicales o de vídeo... Lo digital terminaba con todo ello, pero favoreció que se comenzara con la automatización de las bibliotecas. Primero con **terminales** a las que cariñosamente, y sin ánimo de ofensa, se les denominaba "tontas", simplemente por el hecho de carecer de procesador y memoria; en contraposición a los PCs, que sí aparentaban una vida más inteligente. Usadas para catalogación y como primeros OPAC monocromáticos, como una primera visión cinematográfica en

blanco y negro, o en verde y negro.

La automatización, que ella misma derrumbaba los escalones en los que hacía poco se apoyaba cuando pasaba a sustentarse en otros más elevados, iba dejando tras de sí un rastro de desfase que abarcaba grandes -por volumen físico- **servidores, cintas magnéticas de respaldo** de datos (reemplazadas por sistemas de espejo o copias de seguridad completamente automáticas en otros equipos), **versiones** de los sistemas de automatización (con cambio en su numeración o incluso en su denominación), etc.

Las primeras aventuras telemáticas las recorríamos con **Telnet** (TELEcommunication NETwork, para conectarnos desde un terminal, o desde nuestro rudimentario PC, con un servidor remoto, sobre todo en nuestro caso para consultar los primeros catálogos en la red), **Gopher** (también para acceder a servidores con información variada a través de menús, recordamos el primero del país en la Universitat Jaume I), **Archie** (venían a ser algo así como los catálogos para localizar los archivos ubicados en los servidores FTP repartidos por el mundo)... Todos ellos engullidos por la omnipresente World Wide Web (WWW o simplemente **web**) capaz de albergar de todo, en cuanto a tipología de archivos, formatos, servicios, etc. que no necesita mayores presentaciones.

Un ejemplo más, el **Teletexto**,





# Bibliotecas Universitarias

aún disponible en algunos canales de televisión, que nos sirvió para acceder a algunas bases de datos, con ruidosas y precarias conexiones a través de la línea telefónica y terminales rudimentarios en las salas de consulta para los usuarios. El acceso a boletines oficiales y unas bases de datos jurídicas fueron los exiguos límites que nos permitió batir esta tecnología.

## Pasarán a la historia

Nos gustaría contar con poder adivinatorio y enumerar en este apartado lo que está por desaparecer, más que nada por saber qué lo reemplazará, con el convencimiento de que será mejor, más eficiente, más capaz, versátil... Aunque pue-

de que no más económico (lógicamente el beneficio empresarial está tras el progreso), como ha ocurrido en el pasado. Quizás el análisis de los servicios emergentes, de las nuevas ideas, de los propósitos o metas y objetivos nos den una pista.

Pero aun siendo conscientes de que la probabilidad de equivocarnos es alta, nos vamos a atrever, con la premisa de que seamos perdonados por nuestros probables errores. Uno es el **papel**. La Historia del libro nos muestra periodos de convivencia de diferentes materias escriptorias que, por motivos políticos, naturales u otros; favorecieron el florecimiento de unos frente a un fatal destino de los otros. El desenlace de la ac-

tual convivencia del papel con el texto digital lleva todas las trazas de que, finalmente, prevalecerá el segundo. Esto lo saben bien los editores de revistas científicas, aunque aún no en todas las ciencias. ¿O qué biblioteca universitaria tiene actualmente más fondos suscritos en papel que en digital?

Y cuando esos procesos transformativos se completen, van a arramblar con otros aparatos y muebles vinculados: **magnetizadores/desmagnetizadores, equipos de autopréstamo, expositores de novedades, arcos antihurtos, estanterías de libre acceso, "pistolas" de inventario, tejedoras, carritos para libros, buzones de devolución de libros...**

[~]\$ telnet





# Bibliotecas Universitarias

Los propios **OPAC** como aplicación están dando paso a los “buscadores de bibliotecas”, y como hardware siendo reemplazados por los móviles que todo usuario porta. Incluso la combinación de ambas (habiendo pasado antes por el **MO-PAC**, con la “M” añadida por el dispositivo en cuestión, el móvil) lleva a que el enfoque es a la visualización en la pequeña pantalla de poco más de 12,5 por 7,5 cm, con un pequeño hueco, en este caso para una cámara, en vez de la perforación de la vieja ficha. Y no se trata de un lavado de cara, sino la suma de lo que era el catálogo más las bases de datos, recursos bibliográficos y otras aplicaciones. Todo junto, pero no revuelto gracias a las herramientas que incluye para filtrar por múltiples posibilidades, que no se limitan a las tradicionales opciones de búsquedas o índices.

El **teléfono** tradicional puede ser otro. O al menos tal como lo conocemos ahora. La telefonía ha evolucionado tanto que ya es de todo y casi nada de voz a distancia. Pero es que, además, se suma el hecho de que esa voz a distancia, y la imagen en vivo y en directo, circulan ya por otros cauces que están en la mano o en el bolso o bolsillo de nuestros usuarios. Ya hemos sido testigos de la transición por completo a estos nuevos en alguna biblioteca universitaria. Al teléfono no tradicional ya ni siquiera le llamamos así, o casi nunca, quizás para diferenciar el antiguo artilugio de base por el moderno más

móvil (o celular en otras latitudes más lejanas a las de nuestro país). Además, la voz y la imagen en vivo (de bibliotecarios en acción con sus explicaciones y mostrando sus recursos) tienen un nuevo asentamiento en las aplicaciones de videoconferencia, que han proliferado tanto en marcas como en posibilidades para los servicios de atención al usuario, información y referencia, formación de usuarios, extensión bibliotecaria...

Aunque lo mencionado hasta ahora se refiera a objetos físicos, también hay términos conceptuales en peligro de extinción. En la constancia y paso en firme de la biblioteca por su propia historia también existen modas que, como tales, son venideras y oportunistas, y donde se centra el interés en un asunto o procedimientos durante un periodo de tiempo más o menos amplio; pero que, pasado éste, decaen. Quizás no tanto por abandono como por consolidación o inclusión en procesos clave habituales. Pensamos en el protagonismo que tuvo en un momento dado la catalogación, el **CRAI** (sobre éste hablaremos más tarde), la gestión de la calidad... Ahí estuvieron y ahí están.

Pero algunos de sus conceptos relacionados desaparecerán. Valga un ejemplo: las “**alianzas**”, como término, no como concepto, motivado por el hecho de que la **EFQM** lo ignora en su versión de 2020 a favor de “**partners**”. **Encabezamiento principal**, es otro al dar

igual que las reglas de catalogación indicaran puntos de acceso principales o secundarios, hace tiempo que un registro bibliográfico se recupera exactamente igual por uno u otro, salvo que esté condicionado por algún algoritmo que influya para que sea otro el resultado.

La biblioteca universitaria del futuro puede que tenga rasgos de invisibilidad, cada vez más, al ofrecer sus servicios desvinculados en muchos casos de un espacio físico, e incluso el usuario los utilice sin ser consciente de quién está detrás; y eso lleve a que se olvide de su existencia.

Las novedades tecnológicas que aterrizan en la biblioteca en estos momentos, o las que están por venir los próximos años, lo más probable es que no permanezcan en activo más de una década. Esto requerirá una inversión constante en su adquisición y en la preparación del personal que esté a su cargo, aunque también es posible que, al estar cada vez más dotadas de inteligencia artificial, requiera una menor intervención del bibliotecario.

Aunque también es cierto que esto no ha ocurrido en el tiempo que llevamos de implantación de la automatización o de las tecnologías de la información o info-tecnología. Se han simplificado funciones al eliminarse artilugios y las tareas que éstos implicaban, pero se han creado otras, incluso más exigentes en cuanto



# Bibliotecas Universitarias



Imagen extraída de la web de la CCAA de Madrid

a fuerzas de trabajo requeridas. Pero, claro, la trayectoria del pasado no garantiza la del futuro. Dependiendo de que la tendencia de cargas en ese sentido sea creciente o estable para el bibliotecario o, por el contrario, que sea decreciente, provocará respectivamente su pervivencia o caer en el olvido.

## La biblioteca, ¿olvidada?

Capítulo aparte merece la biblioteca, el propio término “biblioteca”, en peligro de extinción ante el acrónimo de su significado.

Es sabido que, ante la expectativa y la dinámica de incorporación de los principios del espacio europeo de enseñanza superior en la universidad, pronto, desde ámbitos cooperativos, se trabajó en definir un nuevo modelo de biblioteca que diera respuesta anticipada a los nuevos modos de enseñanza, centrando los servicios en el aprendizaje de los estudiantes y en la docencia y la investigación de sus profesores.

Se adapta así en nuestro país el concepto de biblioteca universitaria como centro de recursos para

el aprendizaje de otras latitudes, al que se incorpora la investigación, todo ello para transformarse en Biblioteca-CRAI, o simplemente CRAI, y pasar a ostentar esa denominación. Es cierto que no todas, como nuestro caso, donde en ningún logo, marca o nombre aparece la sigla, a pesar de contar con espacios, productos, servicios, equipos, etc. adaptados a la nueva realidad.

Esa realidad, aunque dispar en las formas, fue auspiciada por la planificación estratégica conjunta en el seno de REBIUN, a lo largo de







# Bibliotecas Universitarias

muchos planes y años, hasta que llegó el más reciente, preocupado y centrado en propósitos o metas renovados y objetivos y visión de futuro carentes de siglas o sus acrónimos que pudieran dejar a la “biblioteca” casi o del todo olvidada.

En otros ámbitos también descubrimos cierta inquietud o preocupación por el olvido de la biblioteca, pero más desde la vertiente de su contenido, los libros, o para hacer un uso poético de los términos, no tanto para referirse al concepto, al servicio o sus funciones. Encontramos varias obras que unen ambos términos, biblioteca y olvido, en sus títulos para tratar de forma erudita sobre libros perseguidos, ocultados, quemados y olvidados; así mismo, para novelar una historia de ficción sobre esa base, realizar una película homónima de intriga, un blog de relatos, otro sobre manga, un canal en YouTube para reseñas de libros, un juego en un portal que los reúne en Internet, un artículo sobre la biblioteca de un intelectual que ha pasado desapercibida... La “biblioteca olvidada” ofrece, sin duda, mucha inspiración creativa. Pero volvamos, para finalizar, a nuestra pre-

ocupación, a nuestra inquietud.

Es innegable que el desarrollo progresivo y exponencial de las tecnologías de la información va a cambiar el mundo, lo está cambiando, también la biblioteca. De hecho, es lo que podemos constatar con lo apuntado hasta ahora. En un mundo en el que la tecnología (con sus creaciones, algoritmos, gestión del *big data*, *open access*, capacidad de almacenamiento documental, de procesamiento, de ancho de banda en las comunicaciones, etc.) y las tendencias del mercado de la información sean capaces de ofrecer a cada usuario lo que necesita, antes incluso de que sea consciente de que lo precisa, en la consola o el receptor que entonces haya, ya no será siquiera la biblioteca invisible la que actúe, quizás ningún tipo de biblioteca tal como la hemos conocido hasta ahora. Será más parecida a la aldea global de McLuhan, donde nadie eche de menos, quizás ni apocalípticos ni integrados, la olvidada biblioteca.

## A modo de petición final

Seguros estamos de que nos hemos dejado algunos instrumentos

o artilugios en el tintero, ya que para elaborar este artículo no hemos consultado más fuente que nuestros propios recuerdos. Por eso, también, los *lapsus memoriae* cometidos no son achacables más que a nosotros mismos. Y como al fijar con escritura un texto resulta inamovible, aunque no irrefutable, queremos invitar a los lectores a que contribuyan con su conocimiento experimentado a mejorar y ampliar la nómina de “antigüedades” bibliotecarias citadas, que ya lo son o consideren que en breve lo puedan ser.

Si has llegado hasta aquí, es porque tu curiosidad e interés sobre este asunto son equiparables a los nuestros. Por todo ello, te sugerimos que sigas este enlace y aportes lo que a nosotros también se nos haya podido olvidar: [https://forms.office.com/Pages/ResponsePage.aspx?id=Pz\\_152tjrUOAflfJZv99uBQR-kB22Z11Kn0a9fynF2FNUNIE-0NEhJTVEyTVM5VEZJR-T E 2 U k h C N V k w S C 4 u](https://forms.office.com/Pages/ResponsePage.aspx?id=Pz_152tjrUOAflfJZv99uBQR-kB22Z11Kn0a9fynF2FNUNIE-0NEhJTVEyTVM5VEZJR-T E 2 U k h C N V k w S C 4 u)

No prometemos nada, pero promoveremos su conocimiento y que no sean olvidados por la Historia de la Biblioteca.

**<<Las novedades tecnológicas que aterrizan en la biblioteca en estos momentos, o las que están por venir los próximos años, lo más probable es que no permanezcan en activo más de una década. Esto requerirá una inversión constante en su adquisición y en la preparación del personal que esté a su cargo, aunque también es posible que, al estar cada vez más dotadas de inteligencia artificial, requiera una menor intervención del bibliotecario>>**

